

CUENTACUENTOS!

3 PMAR

DRAMATIZACIÓN



LA DEL ONCE "JOTA"

Cuesta creer que una abuela no ame a sus nietos pero existió la viuda de R., mujer perversa, bruja siglo veinte que sólo se alegraba cuando hacía daño. La viuda de R. nunca había querido a ninguno de los tres hijos de su única hija. Y mucho menos los quiso cuando a los pobrecitos les tocó en desgracia ir a vivir con ella, después del accidente que los dejó huérfanos y sin ningún otro pariente en océanos a la redonda.

Durante los años que vivieron con ella, la viuda de R. trató a los chicos como si no lo hubieran sido. ¡Ah... si los había mortificado! Castigos y humillaciones a granel. Sobre todo, a Lilibeth —la más pequeña de los hermanos— acaso porque era tan dulce y bonita, idéntica a la mamá muerta, a quien la viuda de R. tampoco había querido —por supuesto— porque por algo era perversa, ¿no?

Luis y Leandro no lo habían pasado mejor con su abuela pero —al menos— sus caritas los habían salvado de padecer una que otra crueldad: no se parecían a la de Lilibeth y —por lo tanto— a la vieja no se le habían transformado en odiados retratos de carne y huesos.

El caso fue que tanto sufrimiento soportaron los tres hermanos por culpa de la abuela que —no bien crecieron y pudieron trabajar— alquilaron un departamento chiquito y allí se fueron a vivir juntos.

Pasaron algunos años más.

Luis y Leandro se casaron y así fue como Lilibeth se quedó solita en aquel 11 "J", contrafrente, dos ambientes, teléfono, cocina y baño completos, más balconcito a pulmón de manzana.

Lili era vendedora en una tienda y —a partir del atardecer— estudiaba en una escuela nocturna.

Un viernes a la medianoche —no bien acababa de caer rendida en su cama— se despertó sobresaltada. Una pesadilla que no lograba recordar, acaso. Lo cierto fue que la muchacha empezó a sentir que algo le aspiraba las fuerzas, el aire, la vida.

Esa sensación le duró alrededor de cinco minutos inacabables.

Cuando concluyó, Lilibeth oyó —fugazmente— la voz de la abuela. Y la

voz aullaba desde lejos—.

—Liilibeeeth... Pronto nos veremos... Liilibeeeth... Liiiii... Liiii... Ag.

La jovencita encendió el velador, la radio y abandonó el lecho, indudablemente, una ducha tibia y un tazón de leche iban a hacerle muy bien, después de esos momentos de angustia.

Y así fue.

Pero a la mañana siguiente— lo que ella había supuesto una pesadilla más comenzó a prolongarse, aunque ni la misma Lili pudiera sospecharlo todavía. Las voces de Luis y Leandro —a través del teléfono— le anunciaron:

—Esta madrugada falleció la abuela... Nos avisó el encargado de su edificio... sí... te entendemos... Nosotros tampoco, Lili... pero... claro... alguien tiene que hacerse cargo de... Quedáte tranquila, nena... Después te vamos a ver... Sí... Bien... Besos, querida.

Luis y Leandro visitaron el 11 "J" la noche del domingo. Lilibeth los aguardaba ansiosa.

Si bien ninguno de los tres podía sentir dolor por la muerte de la malvada abuela, una emoción rara —mezcla de pena e inquietud a la par— unía a los hermanos con la misma potencia del amor que se profesaban.

—Si estás de acuerdo, nena, Leandro y yo nos vamos a ocupar de vender los muebles y las demás cosas, ¿eh? Ah, pensamos que no te vendrían mal algunos artefactos. Esta semana te los vamos a traer. La abuela se había comprado tv-color, licuadora, heladera, lustradora y lavarropas ultra modernos, ¿qué te parece? Lilibeth los escuchaba como atontada. Y como atontada recibió —el sábado siguiente— los cinco aparatos domésticos que habían pertenecido a la viuda de R., que en paz descanse. Su herencia visible y tangible. (La *otra*, Lili acababa de recibirla también, aunque... ¿cómo podía darse cuenta?... ¿quién hubiera sido capaz de darse cuenta?)

Más de dos meses transcurrieron en los almanaques hasta que la jovencita se decidió a usar esos artefactos que se promocionaban en múltiples propagandas, tan novedosos y sofisticados eran. Un día, superó la desagradable impresión que le causaban al recordarle a la desamorada abuela y —finalmente— empezó con la licuadora. Aquella mañana de domingo, tanto Lilibeth como su gato se hartaron de bananas con leche.

A partir de entonces comenzó a usar —también— la lustradora... enchufó la lujosa heladera con freezer... hizo instalar el televisor con control remoto y puso en marcha el enorme lavarropas. Este aparato era verdaderamente enorme: la chica tuvo que acumular varios kilos de ropa sucia para poder utilizarlo. ¿Para qué habría comprado la abuela semejante armatoste, solitaria como habitaba su casa?

A lo largo de algunos días, Lilibeth se fue acostumbrando a manejar todos los electrodomésticos heredados, tal como si hubieran sido suyos desde siempre. El que más le atraía el televisor color, claro. Apenas regresaba al departamento —después de su jornada de trabajo y estudio— lo encendía y miraba programas de trasnoche. Habitualmente, se quedaba dormida sin ver los finales. Era entonces el molesto zumbido de las horas sin transmisión el que hacía las veces de despertador a destiempo. En más de una ocasión, Lili se despertaba antes del amanecer a causa del "schschsch" que emitía el televisor, encendido al divino botón.

Una de esas veces —cerca de la madrugada de un sábado como otros— la jovencita tanteó el cubrecama —medio dormida— tratando de ubicar la cajita del control remoto que le permitía apagar la televisión sin tener que levantarse.

Al no encontrarlo, se despabiló a medias. La luz platinosa que proyectaba el aparato más su chirriante sonido terminaron por despertarla totalmente. Entonces la vio y un estremecimiento le recorrió el cuerpo: la imagen del rostro de la abuela le sonreía —sin sus dientes— desde la pantalla. Aparecía y desaparecía en una serie de flashes que se apagaron —de pronto tal como el televisor, sin que Lilibeth hubiera —siquiera— rozado el control remoto. A partir de aquel sábado, el espanto se instaló en el 11 "J" como un huésped favorito.

La pobre chica no se animaba a contarle a nadie lo que le estaba ocurriendo.

—¿Me estaré volviendo loca? —se preguntaba, aterrorizada. Le costaba convencerse de que todos y cada uno de los sucesos que le tocaba padecer estaban formando parte de su realidad cotidiana.

Para aliviar un poquito su callado pánico, Lilibeth decidió anotar en un cuaderno esos hechos que solamente ella conocía, tal como se habían desarrollado desde un principio.

Y anotó —entonces— entre muchas otras cosas que...

"La lustradora no me obedece; es inútil que intente guiarla sobre los pisos en la dirección que deseo... (...) El aparato pone en acción "sus propios planes", moviéndose hacia donde se le antoja... (...) Antes de ayer, la licuadora se puso en

marcha "por su cuenta", mientras que yo colocaba en el vaso unos trozos de zanahoria. Resultado: dos dedos heridos. (...) La heladera me depara horrendas sorpresas (...) Encuentro largos pelos canosos enrollados en los alimentos, aunque lo peor fue abrir el freezer y hallar una dentadura postiza. La arrojé por el incinerador... (...) La desdentada imagen de la abuela continúa apareciendo y desapareciendo —de pronto— en la pantalla del televisor durante las funciones de traspase... (...) Mi gato Zambri parece percibir todo (...) se desliza por el departamento casi siempre erizado (...) Fija su mirada redondita aquí y allá, como si lograra ver algo que yo no. (...) El único artefacto que funciona normalmente es el lavarropas... (...) Voy a deshacerme de todos los demás malditos aparatos, a venderlos, a regalarlos mañana mismo... (...) Durante esta siesta dominguera, mientras me dispongo a lavar una montaña de ropa..." (AQUÍ CONCLUYEN LAS ANOTACIONES DE LILIBETH. ABRUPTAMENTE, Y UN TRAZO DE BOLÍGRAFO AZUL SALE COMO UNA SERPENTINA DESDE EL FINAL DE ESA "A" HASTA LLEGAR AL EXTREMO INFERIOR DE LA HOJA.)

Tras un día y medio sin noticias de Lili, los hermanos se preocuparon mucho y se dirigieron a su departamento.

Era el mediodía del martes siguiente a esa "siesta dominguera".

Apenas arribados, Luis y Leandro se sobresaltaron: algunas vecinas cuchicheaban en el corredor general, otra golpeaba a la puerta del 11 "J", mientras que el portero pasaba el trapo de piso una y otra vez.

—No sabemos qué está pasando adentro. La señorita no atiende el teléfono, no responde al timbre ni a los gritos de llamado... Desde ayer que...

Agua jabonosa seguía fluyendo por debajo de la puerta hacia el corredor general, como un río casero.

Dieron parte a la policía. Forzaron la puerta, que estaba bien cerrada desde adentro y con su correspondiente traba. Luis y Leandro llamaron a Lili con desesperación. La buscaron con desesperación. Y —con desesperación— comprobaron que la muchacha no estaba allí.

El televisor en funcionamiento —pero extrañamente sin transmisión a pesar de la hora— enervaba con su zumbido.

En la cocina, "la montaña" de ropa sucia junto al lavarropas, en marcha y con la tapa levantada.

Medio enroscado a la paleta del tambor giratorio y medio colgando hacia afuera, un camisón de Lilibeth; única prenda que encontraron allí, además de una pantufla casi deshecha en el fondo del tambor.

El agua jabonosa seguía derramándose y empapando los pisos.

Más tarde, Luis ubicó a Zambri, detrás de un cajón de soda y semioculto por una pila de diarios viejos. El animal estaba como petrificado y con la mirada fija en un invisible punto de horror del que nadie logró despegarlo todavía. (Se lo llevó Leandro.)

El gato, único testigo.

Pero los gatos no hablan. Y a la policía, las anotaciones del cuaderno de Lilibeth le parecieron las memorias de una loca que "vaya a saberse cómo se las ingenió para desaparecer sin dejar rastros"... "una loca suelta más"... "La loca del 11 Jota"... como la apodaron sus vecinos, cuando la revista para la que yo trabajo me envió a hacer esta nota.

CUENTO DE LOS ANGELITOS

Hacía pocos meses que el matrimonio formado por Cora y Eloy Molina había llegado —con sus dos pequeños— a la gran ciudad, huyendo de la vida miserable que llevaban en su pueblito.

Sin embargo, "Tuvimos mucha suerte" —decían.

Esos pocos meses habían bastado para que Eloy consiguiera un trabajo que les permitía alquilar una vivienda en los suburbios y soñar con que ya habrían de llegar tiempos mejores.

Cora se había empleado como doméstica. Durante las horas de labor fuera de la casa, dejaba a sus hijos —Boris, de siete años e Iván, de cuatro—, en una escuela de las inmediaciones.

Sin dudas, la situación económica de la familia Molina había mejorado y suponían que todo andaría mejor aún, si Eloy se decidía a aceptar ese ofrecimiento de trasladarse la mitad del año bien al sur del país, contratado por aquella empresa que necesitaba albañiles como él.

La paga era doble —comparada con la que recibía en la ciudad— pero el hombre no se resolvía a separarse de los suyos. Después de todo, no hacía mucho que habían dejado su pueblo y le daba algo de temor que su mujer y sus hijos permanecieran solos en el nuevo lugar.

Fue la misma Cora quien lo animó.

Le aseguró que ella se sentía —ya— bastante capaz de desenvolverse en la ciudad y —según decía—, los días iban a pasársele volando, tan atareada como estaba.

—Pronto volveremos a reunirnos para las fiestas —le repetía a su marido.

Así fue como Eloy se despidió de su mujer y sus hijos y marchó rumbo al sur.

—Todos los sábados a la mañana vamos a llamar a papá por teléfono — les prometió Cora a Boris e Iván—. Así nos enteraremos de cómo le va y —además— así les oye las voces a ustedes, ¿eh?

Durante varios sábados seguidos —después del viaje de Eloy— se le vio —entonces— a Cora y sus hijos saliendo de su casa bien tempranito.

Era largo el trayecto hasta la cabina telefónica desde donde podían comunicarse con el padre: caminata de varias cuerdas hasta un paso a nivel, cruce del mismo por un sendero peatonal precariamente abierto y —por fin— otra fatigosa caminata hasta arribar a la ruta, por donde pasaba el colectivo que los llevaba al centro de la ciudad.

—Mamá, tengo ganas de hacer pis —le dijo Iván aquel sábado, no bien los tres habían llegado cerca del paso a nivel.

Cora buscó los arbustos de un baldío como improvisado baño de emergencia para su hijo menor.

Boris esperaba —juntando piedritas a su alrededor— cuando —de repente— un hombre apareció junto a su madre, como brotado de los matorrales. La expresión de su cara daba miedo.

—¡Cuidado, mamá! —le gritó Boris, al ver que el hombre se le abalanzaba.

Cora no tuvo posibilidad de defenderse, ocupada como estaba en la atención de las necesidades del chiquito. Sintió que un puñetazo la derribaba, a la par que unas manos le arrebatában el bolso.

A pesar del sorpresivo ataque y del mareo producido por el solpe, la mujer unió fuerzas y valor y se echó a correr detrás del ladrón, que rumbeaba hacia el paso a nivel como diablo que sopla el viento.

Inútil pedir auxilio en esos momentos y en ese sitio: ¿a quién? Ni un alma que no fuera la de Cora, la de Boris, la de Iván o la de ese desdichado que —sin proponérselo— con su robo acababa de convocar a la tragedia para que dijera: "Presente" sobre la mañana del sábado, en unos instantes más.

En su angustioso afán por recuperar su bolso —donde tenía el único dinero restante para pagar la comunicación telefónica, pasar el fin de semana y aguantar hasta el lunes —en que volvía a trabajar por horas—, a Cora no se le ocurrió otra cosa que correr tras el delincuente.

Reacción lógica: ¿Cómo iba a suponer que la desgracia acecharía a sus hijitos si ella disparaba para tratar de agarrar al ladrón?

El hombre cruzó el paso a nivel a la carrera.

Cora, casi pisándole los talones. Pronto, ambos estuvieron del otro lado de las vías.

La persecución continuaba.

Llorando a los gritos desde que habían visto a ese sujeto golpear a su mamá, Boris e Iván también corrían detrás de ellos, aunque no lograban darles alcance.

Boris llegó primero al paso a nivel y empezó a atravesarlo.

Su hermanito lo seguía.

Los dos, apuradísimos y con los ojitos puestos en la silueta de su mamá.

Los dos, desesperados. Los dos solos, sobre las vías y frente a la muerte.

Consternado, el maquinista de ese tren que se dirigía al centro contaba ante las cámaras de los noticieros de la televisión, horas después:

—No pude evitarlo. Esos angelitos se me aparecieron de repente. Fue terrible, terrible, Dios mío... No voy a olvidarlo mientras viva...

—"No-so-tros tam-po-co... Po-bre ma-má... Pobre pa-pá...".

Nadie escuchó estas palabras que —sin embargo— fueron pronunciadas una y otra vez el día de la tragedia, hasta que llegó la noche y se internaron en ella.

Nadie las escuchó. Pero... ¿quién de nosotros puede oír —fácilmente— las vocecitas de los ángeles?

Los diarios informaron —al día siguiente— que la vida de Boris se hubiera salvado de haber recibido inmediata atención médica, que la criatura fue rescatada a tiempo por los bomberos pero que no la recibían en el hospital de la zona hasta que —como es habitual en estos casos— se realizara la intervención policial; que se perdieron —aproximadamente— dos preciosas horas hasta que ese trámite pudo cumplirse; que si se hubiese hecho esto o lo otro...

"Hubiera o hubiese"... Qué forma verbal inútil en circunstancias así.

Se aplica para lamentaciones tardías acerca de lo que ya es imposible modificar y que son totalmente vanas cuando —como de costumbre— no se tiene en cuenta esa experiencia para prevenir desgracias futuras.

Los hijos de los más humildes —como Boris e Iván— casi no tienen defensores durante sus vidas. Mucho menos después de muertos.

El drama fue rápidamente olvidado por los medios de comunicación masiva y por el público consumidor de sus noticias.

"Po-bre ma-má... Po-bre pa-pá..."

Pasaron veinte años a partir de aquel sábado trágico para Eloy y Cora. Con los corazones destrozados, ambos siguieron trabajando como robots aunque ya no le encontraban sentido a la existencia.

Se esforzaban —sin embargo— para ayudar a criar a varios sobrinos, a medida que su familia del lejano pueblito iba —también— mudándose a la gran ciudad.

En esta obra de solidaridad con los suyos encontraban —a veces— un poco de alivio para su dolor.

No quisieron tener más hijos. El recuerdo de Boris e Iván se mantenía en ellos con una nitidez tal que sentían que ambas criaturas andaban por allí, con sus almitas en puntas de pies deslizándose por la casa, acompañándolos —como en el pasado— eternamente niños.

De tanto en tanto, a Cora le parecía oír su voces y la tristeza la ahogaba —entonces— con la misma intensidad que aquel día en que los había perdido para siempre.

"Po-bre ma-má..."

"Po-bre pa-pá..."

Lejos de la modesta casa de los Molina —en una pensión de las tantas cercanas al centro de la gran ciudad—, vivía el hombre a raíz de cuyo robo habían muerto Iván y Boris. En total impunidad de su delito.

No le había ido mal económicamente, astuto ladrón como se había convertido, con banda propia y todo. Sin embargo, jugador empedernido, el dinero le duraba lo que un suspiro.

Todos creían que esta situación de continua escasez era la causante de su malhumor, de su carácter hosco, huraño. ¿Quién iba a imaginar que un sujeto despreciable como aquél viviera —como vivía— torturado por los remordimientos?

Los años no lograban traerle la paz, aunque desde que aquello había sucedido se repetía que él no era culpable, que el accidente era producto de la fatalidad, que ni loco hubiera pensado en hacer tanto daño... Si hasta había devuelto el bolso, arrojándolo de manera anónima en el jardín de los Molina dos noches después de la tragedia y con casi la mitad de los billetes robados...

—No voy a olvidarlo mientras viva, canejo... —se decía, atormentado por la culpa y por el vino—. No voy a olvidarlo....

Entonces —en su delirio— le parecía escuchar que unas vocecitas le susurraban lentamente: "No-so-tros tam-po-co...".

Muchas veces —a lo largo de esos años— había tenido la sensación de que alguien lo seguía cada vez que debía tomar un tren. Era como si unas pisadas fueran recorriendo las suyas a medida que caminaba por los andenes. Por eso, evitaba —en lo posible— viajar en ferrocarril.

Un sábado como tantos, se preparó para ir a las carreras.

Hacía bastante calor y el mediodía amenazaba aumentarlo aún más, por lo que decidió no tomar el repleto micro que solía conducirlo al hipódromo y viajar en tren, más aireado al menos.

Ese día tuvo mucha suerte con sus apuestas a los caballos. Ganó una fortuna.

La noche lo sorprendió —entonces— contentísimo, esperando en esa estación de las afueras el tren de regreso al centro.

Mucha gente circulaba por el andén. Ya se veía —a lo lejos— brillar el foco de una locomotora en dirección hacia allí, a toda velocidad.

En instantes más, se detenía junto al andén.

El hombre se encaminó hacia el borde, quería ser de los primeros en subir a los vagones para conseguir asiento. Él era de los que —a toda costa y abriéndose paso a fuerza de codazos—, siempre conseguía viajar sentado.

Pero esa vez no. Ni sentado ni parado.

La locomotora ensordecía con su silbato y ya todo el gentío se apretujaba en el andén, cuando los oídos del hombre creyeron percibir esas pisadas "especiales", las mismas que solía detectar cada vez que debía tomar un tren.

Esa sensación se le antojó ridícula. El andén estaba atestado. No era posible —ya— dar un paso.

Pero sí saltar hacia las vías.

Y el hombre lo hizo.

Al menos, eso es lo que testificaron todos los que tuvieron la lamentable ocasión de verlo con sus propios ojos.

—El tipo se arrojó cuando se acercaba el tren. Lo hizo pedazos, imagínense. Fue un espectáculo espantoso. Más, porque parecía un hombre normal, vea. Estaba allí, al lado nuestro, lo más tranquilo, y de repente...

Ninguno de los testigos —obviamente— pudo enterarse de lo que —en verdad— sucedió. Porque el episodio que —realmente— tuvo lugar en aquella estación sólo lo conocieron el hombre... y los angelitos.

Tal cual se narra más arriba, el hombre había sentido que lo seguían hasta el borde del andén. Apenas —entonces— si había tenido tiempo como para darse vuelta cuando cuatro manitos infantiles lo empujaron a las vías, al impulso de un vigor sobrenatural.

Durante la fracción de instante que le quedó de vida —antes de caer debajo de la locomotora— vio —fugazmente— dos criaturas vestidas a la moda de veinte años atrás.

Ellas lo habían empujado. Y eran dos varoncitos de corta edad y los dos lo contemplaron con miradas como vueltas para adentro, como de otro mundo, mientras él pensaba —por última vez—:

—Ni muerto voy a olvidarlo... —y ellos le decían—: "No-so-tros tam-po-co..."

"Po-bre ma-má..."

"Po-bre pa-pá..."

CUANDO LOS PÁLIDOS VIENEN MARCHANDO

Apenas Felipe se enteró —al recibir la carta aquella mañana—, telefoneó a su amigo Huberto:

—¡Me saqué la rifa de la exposición, Huber! ¡La moto es nuestra!

"Nuestra", había dicho, y era cierto, porque la amistad entre ambos los llevaba a compartirlo casi todo desde la infancia. Con más razón, esa poderosa moto importada con la que los dos habían soñado tanto.

Ni pensar en comprarla. Aun sumando los ahorros de años no podrían haber llegado a reunir tamaña suma como la que se necesitaba para adquirir semejante moto.

—¡Qué joya! —repetía Huber unos días después, al contemplarla ubicada en el patiecito delantero de la casa de Felipe mientras, mate va, mate viene, planificaban un viajecito para "ablandarla".

El estreno había sido —como es de suponer— dando mil vueltas a través de las calles del barrio, ante la admiración de la muchachada.

Me parece que lo mejor será viajar hacia Arenamares... (Felipe miraba un mapa de rutas en compañía de Huber).

—Son quinientos tres kilómetros. Podemos hacer paradas en Villa Soltera, en Posta Luciérnaga, en...

—Pero por ese camino... ¡son como ciento veinte kilómetros más, Felipe!
—protestó Huber.

—Sí, pero estoy eligiendo las rutas menos transitadas. Lo que perdemos en kilometraje lo ganamos en tranquilidad. En esta época, medio mundo viaja hacia las playas. ¡Odio los embotellamientos!

Huber se puso a anotar la lista de provisiones imprescindibles para aquel paseo de inauguración "oficial" de "El Rayo", como habían bautizado a la moto pegándole esas palabras con letras autoadhesivas y fosforescentes.

Al fin, todos los preparativos estuvieron listos y los dos amigos partieron —una noche de viernes— rumbo a Arenamares.

Estaban contentísimos.

Los primeros doscientos kilómetros los recorrieron sin ningún tipo de inconvenientes. "El Rayo" marchaba a la perfección. Eso lo animó a imprimirle mayor velocidad de la aconsejable para un rodado "en ablande".

El aire fresco de la noche se partía en serpentinas invisibles a su paso.

Estaban a punto de atravesar el puente sobre el arroyo Lobuna cuando a Huber y Felipe les pareció que la moto echaba a volar, que se despegaba del asfalto, que se convertía en un verdadero rayo sobre la oscuridad y el silencio de aquel paisaje campesino.

Poco después —y bruscamente— la moto se detuvo en mitad del puente y no encontraron forma de hacerla andar otra vez.

—¿Y ahora... qué? —se preguntaba Felipe, contrariado.

—Esta ruta es la desolación total... pero... ¿quién la eligió? — agregaba Huber, tratando de divisar inútilmente, algún vehículo que se dirigiera en dirección a ellos.

Felipe sacó la guía de caminos y la alumbró con su linterna.

—Estamos acá —dijo, señalando Arroyo Lobuna en el plano—. Nos faltan como noventa kilómetros para llegar a Las Acacias, el pueblo más cercano... Qué mala suerte...

—No nos queda otro remedio que esperar. Tarde o temprano alguien va a pasar por este desierto, ¿no te parece, experto en elección de caminos?

Huber bromeaba, pero lo cierto era que se sentía un poco disgustado por haberse dejado convencer por Felipe en cuanto a tomar por las rutas menos

transitadas. Y Felipe lo advirtió:

—No es mi culpa que hayamos tenido un desperfecto. ¿Quién iba a suponerlo, sabelotodo?

Al ratito, ambos se dispusieron a comer unos sandwiches de las viandas que habían preparado.

No llegaron a hacerlo.

Apenas habían desenvuelto uno de los paquetes cuando, del mismo lado de la ruta que habían dejado atrás tiempo antes, se les apareció —de improviso— una Kombi blanca.

Llevaba los faros encendidos y el interior iluminado.

En ese mismo momento, la luz de la luna fue como un poderoso reflector que blanqueó la noche durante un instante.

Huber y Felipe se miraron —sorprendidos— antes de que la negra volviera a taparlo todo. Otra vez, sólo aquel punto de luz que la Kombi encendía sobre la ruta, aproximándoseles lentamente.

—Qué raro —dijo Felipe—. Ese utilitario no hace ningún ruido... Yo no oigo nada...

—Yo tampoco pero... ¿qué importa? Lo bueno es que pronto vamos a salir de este puente. ¡Vamos, Felipe, a "hacerles dedo"!

Los dos amigos se apresuraron —entonces— rumbo a la entrada del puente y comenzaron a hacer señas con las luces de sus linternas, a la par que indicaban la dirección hacia la que querían desplazarse.

La Kombi se les aproximaba cada vez más, tan lenta e iluminada como cuando recién la habían divisado y ellos volvieron a ponerse contentos: seguramente, pronto serían recogidos y podrían llegar hasta Las Acacias en busca de auxilio para su averiado "Rayo".

Cuando el immaculado vehículo se detuvo sobre la banquina —a unos treinta metros del puente— Huber y Felipe corrieron hacia allí, agitando sus cascos y dando gritos de bienvenida.

—Que no se crean que somos asaltantes —comentaban—. Que se den cuenta de que necesitamos ayuda.

Y bien que los ocupantes de la Kombi habían notado que los dos la necesitaban...

Ya los esperaban con una de las puertas traseras abiertas, invitándolos a subir —sin palabras— y los amigos subieron, casi sin fijarse en los singulares ocupantes de aquel rodado, apurados como estaban por solucionar su problema.

Fue recién cuando el vehículo volvió a ponerse en marcha —siempre con la cabina iluminada— que Felipe y Huber sintieron que algo extraño ocurría allí adentro.

Estaban atravesando el puente.

Desde su ubicación en el asiento posterior, ambos podían ver las cabezas y los hombros de las seis personas que ocupaban los dos asientos de adelante y —también— del que oficiaba de chofer.

Los siete continuaban guardando el mismo silencio con el que los habían recibido.

Huber codeó a Felipe.

—¿Viste? Están todos vestidos de blanco. ¿Por qué no hablan? —le susurró, empezando a inquietarse— ¡Qué gente rara!

Felipe fue más decidido:

—Señores —exclamó de pronto—, les agradecemos mucho que nos hayan recogido. Como pudieron comprobar, nuestra moto se descompuso en el puente. Queremos llegar hasta el próximo pueblo... No sé si ustedes irán hasta allá pero...

Las seis cabezas —menos la del conductor— giraron pausadamente hacia los dos amigos, hasta permitirles la contemplación perfecta de la palidez de sus rostros.

Entonces, les sonrieron con los labios pegados, no dijeron nada y —otra vez— volvieron a mirar hacia adelante.

—¡Señores! —casi gritó Felipe, reclamando una respuesta—. Disculpen... pero... ¿ustedes viajan hacia Las Acacias o no?

Fue la cabeza del conductor la que se dio vuelta en esta oportunidad.

Contestó con un simple gesto de negación que se tornó perturbador debido a su sonrisa desdentada y a su cara descarnada, amarillenta. Para colmo, acomodó el espejito retrovisor de modo de observar a los muchachos y que ellos pudieran —también— observarlo. Seguía sonriendo.

—¿Dónde nos metimos, Felipe?— volvió a codear Huber, casi al borde de las lágrimas—. Este tiene la piel como si fuera una vela derretida... de las de velorio...

Ahora, los dos tenían miedo. Sin dudas, aquel parecía un vehículo fantasmal y sus ocupantes, ánimas de excursión...

—Si no van para Las Acacias, déjenos bajar aquí mismo, ¡por favor! — suplicó Felipe.

No obtuvieron ninguna respuesta.

Enseguida, los dos amigos intentaron abrir las puertas que tenían más próximas.

Era obvio que preferían arrojarse al camino antes de proseguir en la compañía de tan extraños "salvadores"...

Los siete pálidos ni se inmutaron durante el tiempo que duraron los inútiles forcejeos y las quejas de Huber y Felipe.

Ninguno de los siete —tampoco— les replicó nada cuando —repentinamente— el chofer hizo un brusco viraje y retomó el camino que habían dejado atrás, dirigiéndose por la ruta hasta pasar —de nuevo— a través de el puente del Arroyo Lobuna. Sin embargo, para los dos amigos era evidente que la Kombi marchaba rumbo al sitio del que había provenido. —¿y qué sitio era aquel?

A esta altura, el pánico se había apoderado de los muchachos y fue mayor —aún— cuando —finalmente— los siete ocupantes de la Kombi les hablaron por primera y única vez.

Las voces, monótonas, monocordes y vibrando al unísono desde aquellos labios casi pegados. Porque fue a coro como les informaron.

—Salimos en su busca porque ustedes nos llamaron. Y los trasladamos al lugar que nos pidieron, ya no es posible arrepentirse. Pero no teman, nada más habrá de sucederles. Nada... Nada... Nada más...

Estas palabras resonaban —todavía— en la noche cuando la Kombi se desvió de la ruta, tomó por un camino lateral y atravesó un antiquísimo portal de piedra.

Sobre el portal, un montón de letras grabadas pero ilegibles, carcomidas por el paso de los años, anunciaban el nombre del lugar.

Al día siguiente, los diarios publicaron la siguiente noticia:

TRAGEDIA EN LA RUTA A LAS ACACIAS

Dos jóvenes muertos es el lamentable saldo de un accidente ocurrido ayer a la noche sobre el puente del Arroyo Lobuna.

Por causas que los peritos tratan de establecer, la moto en la que viajaban ambos muchachos se despistó, atravesó la baranda de contención del puente y se precipitó al arroyo que —en esta época del año— carece de agua.

Los cuerpos de los infortunados jóvenes —identificados como Felipe Lozano y Huberto Pérez— serán entregados a sus familiares una vez que la policía aclare el caso, que tuvo una inexplicable derivación, según trascendidos recogidos en el lugar del hecho.

Aún se mantiene el secreto de sumario, pero fuentes confiables han informado a la prensa que los cadáveres de los jóvenes aparecieron a un kilómetro del lugar del accidente, dentro del vetusto cementerio abandonado que se levanta en esa zona.

Trascendió —también— que se están realizando todas las diligencias para determinar quiénes y por qué trasladaron los cuerpos hasta ese sitio.

AQUEL CUADRO

Arriba del ropero del dormitorio de sus padres. En el mismo sitio a donde había ido a parar una variedad de objetos en desuso. Debajo de la sábana de polvo y pelusas que los cubría. Ahí encontró Hilario Cuevas aquel cuadro, cuidadosamente empaquetado y lo único rescatable del montón de cosas que su madre había ido colocando sobre el ropero a lo largo de su matrimonio. (¿Quién —que tenga o haya tenido un ropero— no lo usa o lo usó como una suerte de depósito de objetos que no se decide a tirar, aunque intuye que jamás volverá a necesitarlos?)

Aquel cuadro era un óleo de mediana proporción, enmarcado.

Sobre el ángulo inferior derecho de la tela, la querida letra y la firma que el joven conocía bien: Irenita. Junto a la firma, una fecha que indicaba que esa pintura había sido hecha por su madre cincuenta años atrás, como las otras que decoraban una pared de la cocina y que pertenecían a la época de la niñez de Irene, cuando fantaseaba con ser artista plástica.

Nunca lo había visto antes. Por eso, Hilario se conmovió doblemente y — durante un rato— permaneció sentado sobre la cama de los padres, abrazado al cuadro y con la mirada perdida en sus recuerdos.

La campanilla del teléfono lo volvió al presente.

Ya habían cortado cuando atendió. Ahora estaba en su cuarto y aún cargaba —amorosamente— el óleo cuando se le ocurrió que esa pared desnuda frente a su propia cama era el lugar ideal para colgarlo.

—Así lo voy a contemplar todas las noches... —pensaba, mientras que a golpe de martillo, colocaba un clavo en el espacio elegido—. Es como si mamá hubiera querido hacerme un regalo postrero... Pobrecita... ¡ya un mes que no está más...!

E Hilario dedicó la última hora de aquel viernes a mirar el cuadro con enternecido detenimiento.

Su mamá había pintado una casa estilo Tudor. Dos pisos con cuatro ventanas cada uno. Cortinas que impedían ver el interior de las habitaciones, cálidamente iluminadas...

Al frente, un jardín florido y —medio confundida entre las plantas— la silueta de un muchacho manejando una hoz.

¿El jardinero de aquella residencia, tal vez?

Durante las semanas que siguieron al encuentro de aquel cuadro, Hilario destinó sus momentos libres a contemplarlo.

Emocionado como estaba por ese hallazgo inesperado, cada día le parecía más hermoso y no lograba explicarse por qué su madre lo habría guardado, casi oculto se hubiera dicho.

Una noche —a punto de dormirse a la par que escuchaba la radio y con la vista distraída en el óleo— Hilario creyó observar que una de las cortinas del primer piso de la casa pintada se descorría lentamente.

—El sueño me hace ver visiones... —pensó de inmediato y apagó el velador, dispuesto a descansar.

—Todas las cortinas de esa casa están corridas —se dijo, antes de caer profundamente dormido.

Y esa madrugada soñó con sus padres y se sintió pequeño y mimado como cuando los dos vivían y le decían "Lari".

Se despertó de buen humor.

Se estaba vistiendo para salir a hacer su acostumbrada caminata de los sábados, cuando recordó el asunto de la cortina del cuadro.

Se volvió hacia el óleo y sonreía por lo que —en ese momento— consideraba una visión producto del cansancio nocturno, pero vio que la cortina del primer piso de la casa pintada estaba —realmente— descorrida.

Se inquietó. Y más aún cuando una nena que aparentaba pedir auxilio se asomó a esa ventana y le hizo señas desesperadas. Enseguida —y por detrás de la niña— una mujer —que se le parecía notablemente— hizo lo mismo.

Hilario creyó que se estaba volviendo loco.

—Esto me pasa por pasar tantas horas mirando el cuadro de mamá —supuso—. Estoy sugestionado como una criatura y —muy molesto consigo mismo— terminó de abrocharse las zapatillas y abandonó su cuarto, sin volver a mirar el óleo.

Esa noche —ya de regreso a su casa— decidió que dormiría en la sala. Se ubicó —entonces— en un sofá, prometiéndose que no volvería a mirar el cuadro hasta la mañana siguiente.

Sin embargo, cerca de la madrugada se despertó de repente. Transpirando —a pesar de la baja temperatura ambiente— y con la necesidad impostergable de contemplar el óleo.

Se dirigió a su cuarto y así lo hizo. ¡Para qué! Ahora eran dos las cortinas descorridas. Tres de las ventanas del primer piso de la casa pintada lo estaban y —detrás de ellas, la niña y la mujer en una, un niño en la otra y un hombre en la restante—. Todos pedían auxilio y le hacían señas desesperadas. En sus caras, el espanto. En la de Hilario, también.

Temblando, descolgó —entonces— el cuadro y lo colocó —bruscamente— sobre su cama, de pintura contra el acolchado, para no ver esas imágenes que tanto lo estaban perturbando. ¿Cómo era posible?

En un impulso, se abrigó para salir a la calle:

—Debo averiguar si esa casa que pintó mamá existe o existió y a quién pertenece —pensaba—, y la primera idea que tuvo al recorrer la cuadra de su domicilio fue la de encaminarse hacia el barrio donde ella había pasado su infancia y su adolescencia y del que había partido para casarse con su padre.

—Seguramente, esa pintura —como las otras que hizo— fue inspirada en algún paisaje vecino...

Hilario estaba tan nervioso que las aproximadamente ochenta cuadras que lo separaban de aquella zona las atravesó casi sin darse cuenta.

El sol del domingo ya acariciaba los árboles cuando llegó al barrio donde su mamá había sido "Irenita". Recién después de haberlo recorrido sin parar, Hilario se halló —de pronto— frente a la casa que la madre había pintado en el cuadro. Dos veces había pasado a lo largo de ella y sin reconocerla.

Claro, cincuenta años no habían transcurrido en vano: era la misma casa, pero lógicamente envejecida por la acción del tiempo y bastante transformada a fuerza de refacciones. El jardín delantero no existía ya, por ejemplo. Un desierto patio ocupaba el espacio que antes había pertenecido a césped y plantas.

Sobre la verja de la entrada, un cartel anunciaba: "Jardín de Infantes Tulipán".

Como tantas otras antiguas casonas, a esa también la habían convertido en una escuela.

Muy excitado, Hilario pulsó el timbre sobre el que se leía: "Portería".

Ya estaba por irse —después de tocar varias y prolongadas veces— cuando una viejita salió desde una de las puertas laterales de la residencia.

—Sí... ya va... Ya va... —decía, mientras se le aproximaba a Hilario alisándose el pelo y acomodándose una chaqueta que terminaba de ponerse.

—¿Qué desea, señor?

—Esteee... Buenos días... Disculpe la molestia... pero...

—¿Qué pasa? A usted no lo tengo visto por aquí. ¿En qué puedo serle útil?

Entonces, Hilario le contó una historia que se le iba ocurriendo a medida que la desarrollaba.

No podía decirle la verdad. El caso es que se las ingenió tan bien que la viejita le dio —exactamente— la información que el muchacho ansiaba.

Entre otros detalles que no le interesaban en absoluto supo —por ejemplo— que esa casa había pertenecido —cincuenta años atrás— a una tal familia Dubatti... que sus cuatro integrantes habían muerto asesinados... que nunca se había descubierto al criminal... que la finca había permanecido cerrada durante mucho tiempo... y que ella era la encargada desde el mes en que se había inaugurado el Jardín de Infantes, hacía once años.

La viejita seguía hablando y hablando cuando Hilario pensó que ya tenía datos suficientes como para empezar a comprender el secreto que el cuadro encerraba.

Casi sin despedirse de la anciana, llamó a un taxi y volvió a su casa, hecho un relámpago.

Corrió a su cuarto y tomó el cuadro. Lo observó con atención.

El miedo le picoteó el corazón.

¡Las cortinas del primer piso de la casa pintada continuaban recorridas pero ningún rostro desesperado volvió a dibujarse detrás de ellas! Aunque lo más impresionante era que.... ¡la silueta del jardinero había desaparecido del óleo!

Fuera de control, Hilario arrojó el cuadro al aire.

Al estrellarse contra el suelo, el marco quedó por un lado, el óleo por otro y el cartón que lo protegía por detrás fue a parar abajo de su cama.

Cuando —dolorido por su actitud de haber intentado romper una pintura de su madre—, Hilario se empezó a recomponer y a recoger las partes dispersas del cuadro, encontró aquel papel doblado en varios cuadraditos.

Era un papel de carta fino, tipo Biblia y —sin dudas— había saltado del interior del cuadro cuando se había descuajeringado debido al golpe contra el piso.

Con el corazón fruncido, el joven lo desdobló. Era un mensaje manuscrito. La letra infantil de su madre y esta confesión:

ME LLAMO IRENE DEL PINO Y TENGO DOCE AÑOS. AYER MISMO —ANTES DE QUE LLEGARA LA POLICÍA— DESCUBRÍ —POR

CASUALIDAD— QUIÉN ES EL ASESINO DE LOS DUBATTI. PERO ÉL LO SABE Y ME AMENAZÓ DICIÉNDOME QUE SI SE ME OCURRE CONTAR LO QUE VI, ME VA A MATAR.

ME DIJO TAMBIÉN:

—ESTÉS DONDE ESTÉS Y SEA CUANDO FUERE, SI ALGUIEN SE ENTERA DE LO QUE PRESENCIASTE, YO ME LAS ARREGLARÉ PARA MATARTE APENAS ME DELATES. Y CON LA MISMA ARMA CON QUE ASESINÉ A TU AMIGA ANDREA Y AL RESTO DE SU FAMILIA: A SUS PADRES Y A SU HERMANO LORENZO, POR SI DEBO RECORDÁRTELO. CON ESA MISMA ARMA QUE ME SORPRENDISTE LAVANDO, VOY A ACARICIAR —ENTONCES— TU COGOTE.

YA TE ESTOY ODIANDO COMO A LOS DUBATTI, ASÍ QUE NO LO OLVIDES Y BOCA CERRADA. ¿ENTENDISTE?

TENGO PÁNICO Y ESCRIBO PARA ALIVIARME UN POCO DEL PESO DE ESTE SECRETO TERRORÍFICO. LE PIDO A DIOS QUE ME AYUDE A CALLAR Y ESPERO QUE SE HAGA JUSTICIA ALGÚN DÍA.

EN EL CUADRO QUE ACABO DE PINTAR Y DENTRO DE CUYO MARCO VOY A OCULTAR ESTE MENSAJE, APARECE EL ASESINO CON SU ARMA, EN LA MISMA CASA EN LA QUE COMETIÓ SUS CRÍMENES. OJALÁ RECIBA SU MEREcido CASTIGO.

IRENITA

Un grito arañó la garganta de Hilario:

—¡El jardinero! ¡El jardinero fue el asesino de la familia Dubatti! En el mismo instante en que pronunciaba aquellas palabras, recordó que ya no estaba en el óleo. ¿Dónde entonces?

Hilario se lanzó sobre el teléfono. Comenzaban discar el número de la policía —por más que se le antojaba absurdo todo lo que le estaba ocurriendo— cuando la sombra de una hoz —proyectada sobre la pared que tenía al frente— lo paralizó.

¡El jardinero del cuadro!

Se dio vuelta con el tiempo justo como para ver lo que mejor no: erguido a sus espaldas y barajando la hoz, un viejo.

Durante un instante, Hilario creyó que estaba a salvo. ¡El jardinero del cuadro era un muchacho y no ese hombre de barba y pelos blancos!

Durante el instante siguiente, Hilario entendió que estaba perdido:

¡Ese hombre era el jardinero, con cincuenta años más sobre su piel!

—¡Piedad —por favor— no me mate! —aulló entonces.

El viejo seguía haciendo bailar su hoz mientras le decía:

—Ja. Yo no cometo dos veces el mismo error. Voy a degollarte como tendría que haberlo hecho con Irenita, tu estúpida madre...

—¡Le ruego; déjeme vivir y juro que no voy a delatarlo! ¡Mire, mire lo que hago con este mensaje de mi mamá! —e Hilario rompió el papel de la confesión en mil pedacitos y —haciendo un bollito con ellos— se los tragó.

El jardinero estaba a punto de descargar su hoz contra el cuello de Hilario pero el rostro y el cuerpo del muchacho le indicaron que no hacía falta: era evidente que acababa de sufrir un ataque al corazón.

Pocos minutos después, expiraba.

—Indudablemente, este muchacho se trastornó debido al fallecimiento de su madre... —opinó, días después, el jefe de policía en una conferencia de prensa.

Y vean si no: la autopsia reveló que su última cena fue... papel... Un loco manso, eso es todo... No, su habitación estaba en perfecto orden. Un síncope.

¿El cuadro que encontramos junto a su cadáver y todo roto? Ah, sí. Una pintura hecha por su mamá durante la infancia... Nada de valor... Afectivo sí, por supuesto.

¿Qué representa? Una casa. Una casa estilo Tudor. Dos pisos con cuatro ventanas cada uno. Cortinas que impiden ver el interior de las habitaciones, cálidamente iluminadas... Al frente, un jardín florido y —medio confundida entre las plantas— la silueta de un muchacho manejando una hoz. ¿El jardinero de la residencia, tal vez? Pero ya me están haciendo ir por las ramas: ¿Qué tiene que ver el óleo con la muerte, señores periodistas?

Y aquel cuadro —pintado por inexpertas manos infantiles y al que— por lo mismo —no se le otorgó ninguna importancia—, fue a parar a uno de los tantos camiones que recolectan desperdicios, junto con todos los demás que había hecho Irenita.

HOMBRE DE NIEVE¹

Había una vez —en una humilde aldea nórdica— dos mujeres que asombraban a todos con sus delicadas tallas sobre madera.

Una de las mujeres, viejita, muy viejita. Se llamaba Gudelia y era una maravillosa artesana.

La otra, joven, muy jovencita. Su nombre era Romilda, le decían "Romi" y era una excelente aprendiz de Gudelia.

Todas las semanas, las dos iban hasta el bosque más cercano en busca de ramas y pedazos de troncos para su trabajo. Pero como el bosque más cercano quedaba del otro lado del río que limitaba el norte de la aldea, debían cruzarlo en bote.

Cada domingo, Azariel —el botero— las trasladaba de ida al bosque y de vuelta a la aldea, a cambio de una abundante ración de pastel de papas que ellas mismas preparaban especialmente.

Un atardecer dominguero, mientras Gudelia y Romi se encontraban atando el material que habían recolectado, se desató —de improviso— una fuerte tormenta de nieve.

Las dos corrieron —entonces— cargando los atados, en dirección a la orilla donde —habitualmente— las esperaba el botero.

Azariel había construido allí una cabaña y era común que las mujeres tuvieran que entrar para despertarlo, dormido como se quedaba —aguardándolas— después de tomar unas cuantas copitas de ginebra.

Pero en esa oportunidad no lo encontraron; tan tarde llegaron a la cabaña... La tormenta les había dificultado la marcha por el bosque.

A pesar de la nieve que bajaba biombos y de la correntada que agitaba las aguas, Romi pudo ver que el bote del señor Azariel ya estaba amarrado del otro lado del río.

No les quedaba más remedio que buscar refugio en la cabaña y confiar en que las condiciones del tiempo mejoraran pronto.

Se cobijaron —entonces— dentro de la cabaña.

¹ Versión **libérrima** de "YUKI ONNA" (Mujer de nieve), leyenda japonesa

El único cuarto del que constaba la construcción estaba helado. No había ningún alimento, ni bebida, ni siquiera un brasero con el que aliviar el intenso frío.

Apenas un camastro y una botella con restos de ginebra.

Romi tuvo que insistir mucho para que la viejita usara el camastro.

Bondadosa como era Gudelia y tanto como quería a la niña, fue después de un rato de:

—Usted.

—No, usted.

—Insisto en que usted.

—Digo que usted.

—Usted.

que Romi consiguió convencerla de que fuera ella quien se acostara en ese precario lecho.

Ya era noche total cuando la viejita se durmió, encogida y temblando de frío.

Echada a su lado —sobre el suelo y también temblando— Romi permanecía despierta en la oscuridad. Le asustaba el silbido del viento y las uñas de la nieve, raspando la ventana y la puerta de la cabaña.

Desde el río encrespado le llegaban —para colmo— las inquietantes voces del agua.

La muchacha sentía que se estaba congelando —tanto de frío como de miedo— pero —finalmente— el cansancio pudo más y —también— se quedó dormida.

Pasada la medianoche y cuando la tormenta continuaba azotando la cabaña, Romi se despertó, de repente.

Un leve roce —como de mano de nieve sobre su frente— la había traído de vuelta del sueño.

Se inquietó: la puerta estaba entreabierta —a pesar de que ellas la habían cerrado bien— y una misteriosa luminosidad le permitía ver —claramente— el interior de la habitación.

Mejor no hubiera visto nada, porque lo que vio la llenó de espanto: un increíblemente hermoso caballero (de belleza masculina, aclaremos), apenas un poco mayor que ella, blanco desde los cabellos a los pies y vestido íntegramente de blanco, se reclinaba sobre la viejita Gudelia y le soplabla a la cara con furia. Su aliento podía verse con nitidez. Era como una cinta de humo —también blanco— desenrollándose de su boca.

Romi quiso gritar, pero ningún sonido salió de su garganta. Sin embargo, fue como si hubiera gritado, porque el caballero cesó con sus soplidos y levantó el blanco rostro hacia ella. Se le acercó hasta casi tocarla y la miraba con sus blanquísimos ojos de alucinado cuando le dijo:

—Vine para soplarte con mi aliento, lo mismo que a la vieja. Pero eres tan dulce y tan niña que siento un poco de pena por ti. Por eso, no voy a hacerte daño. Pero jamás olvides que no deberás contarle a nadie lo que has visto esta noche, ni siquiera a tu padre. Recuérdalo bien, Romi: Si alguna vez —dondequiera que te encuentres— se te ocurre confiarle a alguien —quienquiera que sea— lo que hoy viste aquí, yo me voy a enterar —de inmediato—, y —de inmediato— estaré a tu lado para que mueras en ese preciso instante.

Romi seguía petrificada en el silencio de su pánico.

El caballero blanco le dedicó —entonces— una última y sostenida mirada blanca. Enseguida, abandonó la cabaña cerrando la puerta tras de sí.

La tormenta pareció intensificarse cuando el níveo visitante se perdió en las sombras.

A través de la ventana, Romi ya no volvió a contemplar otra cosa que oscuridad. Desesperada, gritó —varias veces— el nombre de Gudelia y tanteó hasta encontrarla. Le tocó la cara, las manos, los pies: la piel de la viejita parecía de puro hielo. Estaba muerta la pobre.

Romi se abrazó —entonces— a su cuerpo helado y lloró como sólo lo había hecho de muy niña, al perder a su madre.

La tormenta acabó al amanecer. Cuando —poco después— Azariel —el botero— llegó de nuevo a su cabaña, encontró a Romi sin sentido y aún abrazada al cadáver de Gudelia.

La jovencita necesitó varias semanas para reponerse por completo. Su padre pensaba que la muerte de Gudelia —su querida maestra— la había afectado demasiado.

Y sí, la había entristecido profundamente, pero lo que él no sabía era que su hija también sentía el corazón herido por la visión que había tenido en la cabaña y de la que no se atrevía a hablar con nadie.

Silenciosa y solitaria, Romi volvió —al tiempo— a su trabajo con la madera y —también— al bosque a buscar material, como tantas veces lo había hecho con su inolvidable Gudelia.

Pasaron cinco años. Una tarde, Romi volvía a su casa después de unas compras en el centro de la aldea. De pronto —al doblar una esquina— tropezó con un muchacho que caminaba en la dirección contraria. Durante algunos instantes, los dos se corrieron hacia la izquierda, hacia la derecha, hacia la izquierda y nuevamente hacia la derecha, coincidiendo en sus movimientos.

Así —tan sin proponérselo— ninguno dejaba pasar al otro.

Este brevísimo episodio los divirtió y ambos se pusieron a reír con ganas.

—Permítame presentarme, señorita. Ya que parece que vamos a quedarnos eternamente en esta esquina: será mejor que sepamos quiénes somos, ¿no? —le dijo entonces el joven, riéndose todavía—. Me llamo Olao. ¿Y usted?

—Romi.

Recién entonces observó ella el rostro del muchacho —de una asombrosa palidez lunar— y —de una rápida ojeada— su apariencia.

No era de la aldea. Lo que sí era... extraordinariamente atractivo, hermoso podría decirse, todo lo hermoso que un hombre puede ser para los ojos de una mujer...

—Estoy de paso por aquí. Voy camino al país vecino, donde me han dicho que necesitan brazos para las cosechas. Soy huérfano de nacimiento —le contó más tarde, mientras la acompañaba hasta su casa, de puro cortés—. Lamentablemente, no tengo hermanos, ni primos, ni tíos... Ningún pariente.

Romi lo escuchaba fascinada. Era la primera vez en su vida que un muchacho le llamaba la atención de ese modo.

—¿Me estaré enamorando? —pensaba— ¿Será esto el amor?

Y cuando él la despidió en la puerta de su casa y prometió quedarse un día más en la aldea para poder verla —otra vez— a la mañana siguiente, Romi ya no tuvo dudas: sí, ella estaba enamorada de Olao.

Pero tampoco tuvo dudas de que él también se había enamorado.

Esa noche, le contó todo a su padre y éste le dijo:

—Cuando ese joven venga mañana a despedirse de ti, quiero conocerlo, Romi. Mira, hija, yo ya estoy viejo y no me gustaría morirme sin verte casada. Sufro al pensar que puedas quedarte sola en el mundo... Por eso, si ese tal Olao me parece honrado y trabajador, les daré mi autorización para la boda y...

—Pero... Hay un problema... Ya le conté que él no tiene empleo, padre.

—No me has dejado terminar la oración, hija. Decía que les daré mi autorización para la boda... y trabajo a Olao, en mi molino.

Diez años después de esta conversación, Romi y Olao cumplieron diez felices años de matrimonio.

Cuando el padre de ella murió, sus últimas palabras fueron de gran afecto para su hija y de sincera alabanza para su yerno.

Todos en la aldea apreciaban a Olao y adoraban a los siete hijitos que había tenido con Romi. Los siete eran parecidísimos ya a ella, ya al abuelo... pero todos con esa sorprendente palidez lunar que sólo habían heredado de su papá.

A pesar de estimarlo a Olao, los hombres de la vecindad murmuraban —a veces entre cerveza y cerveza— que ese extranjero debía de poseer el elixir de la juventud, porque —mientras ellos envejecían— él se mantenía igualito al día en que había aparecido en la aldea, diez años atrás.

Una noche, mientras los niños dormían y Romi daba los últimos toques a una nueva talla a la luz de una lámpara; a la luz de otra y en la misma cocina, Olao arreglaba la rotura de una bolsa.

La gruesa aguja iba y venía sobre el cuero.

Al rato, Romi descansó un instante y fijó su vista sobre el esposo. Un lejano recuerdo se le superpuso —de golpe— sobre la imagen de Olao y —amorosamente— le dijo entonces:

—¿Sabes una cosa, querido? Recién, al mirarte mientras estabas tan concentrado en tu trabajo de compostura, con la luz de la lámpara haciéndote brillar el pelo y la barba, me acordé de un suceso extraño y terrible...

Olao no abandonó su labor, pero se notaba que la escuchaba atentamente.

Romi prosiguió con el relato:

—Yo tenía trece años... Una noche de tormenta, conocí un joven tan atractivo, tan hermoso, tan pálido como tú... Cuando te miré —recién— sentí que —en realidad— eres idéntico a aquel muchacho...

Sin dejar de coser la bolsa, Olao le preguntó:

—¿Y dónde lo conociste, si puede saberse?

Entonces Romi le contó la espantosa historia vivida en aquella cabaña, del otro lado del río. Concluyó su narración con estas palabras:

—Fue la única vez que vi a un joven tan seductor como tú... Claro que nunca estaré segura de si fue una pesadilla... o —si en verdad— estuvo conmigo un hombre de nieve... un caballero de muerte... De todos modos, él sólo me produjo pavor... en tanto que tú... Te amo, Olao... Te amo...

Como si le hubiera dado un súbito ataque de locura, Olao saltó de su silla al escuchar el final de esta confesión, arrojando la bolsa al aire.

Se abalanzó sobre Romi —que lo contemplaba perpleja— y la empezó a sacudir de los hombros, a la par que le gritaba con furia:

—¡Era yo! ¡Era yo, insensata! ¡Aquél hombre de nieve era yo! ¡y te dije —entonces— que si alguna vez —dondequiera que te encontraras— se te ocurría contarle a alguien —quienquiera que fuese— lo que allí habías visto, yo me iba a enterar —de inmediato— y —de inmediato— estaría a tu lado para que murieses!

La miraba con ojos de alucinado y de su boca comenzaba a salir como una cinta de humo blanco —que congelaba el aire al desenrollarse— cuando soltó a Romi —de golpe— y se echó hacia atrás.

Impresionantes temblores agitaban su cuerpo y un viento helado invadió la cocina mientras seguía gritándole a su esposa:

—¡No te mato ahora mismo porque tengo piedad de los siete niños! ¡Pero escucha bien —insensata— cuida de ellos, cuida de mis hijos con todas tus energías y jamás reveles su origen, porque si llego a encontrar el mínimo motivo de queja te juro que volveré —de inmediato— para arrancarte la vida, con el más gélido de mis soplos!

A medida que terminaba de hablar, la voz de Olao se iba afinando, afinando hasta no ser sino un agudo silbido del viento. Su cuerpo —desde la cabeza a los pies— se tornó blanco primero, de nieve después, de hielo enseguida hasta que —finalmente— se derritió por completo y no fue más que una extendida mancha sobre el piso, una mancha que se evaporó, desapareciendo en una espiral de humo blanco que congeló el aire a su alrededor.

Aterrorizada, Romi comprendió —entonces— que se había enamorado del hombre de nieve, del blanco caballero helado... que se había casado con él, con el irresistible Hermano Muerte.